

JESÚS ORTIZ llega a Canarias en 1961. Trae consigo el flamante título de catedrático de Dibujo, que acaba de obtener en la que sería única oposición de su carrera docente. Quedaban atrás los años difíciles de Calella de la Costa (Barcelona), cuando la familia comenzaba a crecer; atrás las horas incontables consumidas en la rutinaria tarea de hacer diseños industriales de encargo para algunas empresas manufactureras del lugar, con lo que añadir un complemento económico necesario a la modesta nómina de profesor interino de Instituto Laboral. Pintar, lo que se dice pintar como luego hizo, había sido hasta entonces casi un lujo arrebatado al sueño, un desafío al cansancio, la fuerza de la voluntad para no dejarse atrapar por la costumbre.

Este andaluz transterrado que creció y se hizo humana, cultural y artísticamente en la Barcelona de entreguerras y se nutrió con la claridad del espíritu mediterráneo, la imaginación creadora y el *seny* que configuran la esencia de la catalanidad, poseía ya un bagaje amplísimo de conocimientos en todos los campos de las artes. Durante los años de estudio en la Escuela Superior de Barcelona fue como una esponja, y todo cuanto le enseñaron los excelentes maestros que componían el grupo de profesores que le tocó en suerte —Miquel Farré, Lluís Muntané Muns, Francesc Labarta i Planas, Josep Pugdengolas, Vila Arrufat, etc.— lo asimiló por completo. Andando el tiempo llegaría a decir Jesús Ortiz que le enseñaron demasiado, y que la lucha de toda su vida de artista ha sido, precisamente, tratar de olvidar, o de impedir que se impusieran a la libertad creadora, muchos de los saberes que acumuló en la, por otra parte, fecunda etapa de formación artística.

Su vida en Tenerife basculará desde un principio entre la tensión de la cátedra, con sostenidos afanes renovadores e innovadores que le llevaron a impartir cursos de técnica y seminarios de actualización pedagógica, y la vehemencia reconcentrada de la creación en la soledad del taller. Quienes siguieron de cerca su labor docente, lo mismo discípulos que colegas y compañeros de claustro, coinciden en que Ortiz es un incitador nato, un educador con sorprendente capacidad de sugestión, que no se ajusta a normas o cánones al uso. Su labor estuvo siempre orientada, más que a proporcionar fórmulas para un sistema de representación visual, a que el dibujo se asumiera como lenguaje total, capaz de establecer una gozosa y personal comunicación. A propósito de una muestra de trabajos escolares del Instituto de Bachillerato de la capital tinerfeña, Constantino Aznar de Acevedo se refiere «a aquel que tanto había enseñado, sin 'dominar', sin 'plegar' vocaciones, sin 'torcer' espíritus, sin 'desviar' mentes o manos...». Ya un par de años antes, en 1974, el profesor Fer-

nández-Lomana había puesto especial énfasis en destacar la importancia de la acción pedagógica de Ortiz, en la que advertía «un predominio de lo racional sobre lo emocional», pues «incluso en los trabajos de posible vertiente expresiva dominaba la medida, el orden y el perfecto tratamiento de los materiales empleados».

El mismo año de su arribada a las Islas encontramos a Jesús Ortiz exponiendo en el Círculo de Bellas Artes de Tenerife y en el Instituto de Estudios Hispánicos de Canarias del Puerto de la Cruz, y, a partir de ahí, su presencia será cada vez más frecuente y significativa, con muestras individuales, con participación en colectivas y en certámenes de artes plásticas, dentro y fuera del archipiélago canario. Todo ello da idea de su tesón, de la intensidad de su actividad creadora y de la importancia de su producción artística durante los casi cuatro lustros que residió en Canarias, donde desarrolló plenamente y maduró su arte.

Tan vasta obra, si se contempla de manera panorámica, tiene unidad esencial, aún cuando el artista se complace en avanzar como entre meandros o sinuosidades, cuando no forzando rupturas. Un hilo conductor mantiene tenso su discurso pictórico, lo que no le impide las renovaciones, las transgresiones e incluso las regresiones del mismo. «Si algo empieza a salir pronto bien, no tarda en aburrirme. Por eso nunca fui en línea recta, nunca me lo propuse. Como tampoco sometí mi arte a cualquier tipo de demanda o preferencia de mercado», ha dicho.

Cuando Jesús Ortiz llega, en 1961, a Tenerife, el mundo artístico insular se encuentra dividido fieramente, como por un tajo, en buenos y malos, en informalistas y figurativos, en realistas y abstractos, según el talante de cada grupo o facción. La corriente realista (por llamarla de alguna manera) era absolutamente mayoritaria y dominaba el Círculo de Bellas Artes. La práctica totalidad de los artistas que se encontraban en esa órbita cultivaban el paisaje, algunos con maestría y excelente técnica, pero de espaldas a los nuevos rumbos del arte, si no en abierta oposición. Por su parte, quienes se hallaban en la vanguardia trataban de abrirse camino, a duras penas, entre una prensa por lo común hostil, los 'consagrados', que les negaban el pan y la sal, y la rechifla de un público desnortado que ignoraba por dónde discurría el arte de nuestro tiempo. Aún tendrían que transcurrir dos años para que hiciera su aparición el grupo «Nuestro Arte».

Jesús Ortiz no entra en contiendas ni en confrontaciones. Sabe mantenerse en una posición de hábil retraimiento cordial, como de quien llega de fuera y sabe, pero no dice, que ya en otras latitudes, más allá de los confines insulares, las cosas parecía que empezaban a cambiar levemente y se vislumbraban síntomas inequívocos de que no tardaría en imponerse la coexistencia pacífica, o no beligerante, de las artes. No sentía la necesidad de huir de la realidad, como tampoco la de plegarse dócilmente a sus dictados. Por el contrario, de la vanguardia asumió cuanto podía acrecentar la vitalidad de su arte, y no cayó en la

tentación, cuando no en la frivolidad, de pasarse con toda su impedimenta al informalismo, pues por temperamento entendía que podía parecer más un gesto oportunista que la consecuencia de un cambio radical de su sensibilidad y de sus ideas.

Lo que Alberto Sartoris define como *sentido real del espacio* en la pintura de Ortiz no es finalmente sino el *pretexto* del artista para el «vuelo hacia el universo infinito de la imaginación y la fantasía». De ahí que el paisaje que pinta en los años sesenta y setenta, tanto si se trata de paisaje urbano como del descarnado y volcánico de las islas, sobre todo el de Lanzarote, sean paisajes *desrealizados*, en los que la luz —y las sombras— es la verdadera sustancia y lo que confiere a su obra *caracteres mágicos*, expresión de una concepción *enigmática y honda*, que tanto subyugó, sorprendentemente, a Eduardo Westerdahl; sin duda porque era pintura que estaba muy lejos de ser arte convencional. «Nos encontramos —escribe el crítico tinerfeño en 1968— ante un pintor honesto, cauteloso, sincero, que trata de hacer la operación común a toda gran pintura: trasvasar su sensibilidad a la pared inmóvil del cartón. Es decir, dotar esta pared muda de clara vida espiritual».

Para esta operación a que alude Westerdahl, el artista se vale de un instrumental rico y complejo —sus muchos conocimientos técnicos—, que domina hasta el punto que, a veces, como ya se señaló, se ve forzado a embridar su empuje para impedir que resultara frenada la expresividad de su arte. En unas reflexiones sobre esta pintura, dice Ventura Dorreste, en 1971, que «en Jesús Ortiz se advierten, sobre todo, dos cosas: el cultivo de una estricta técnica renovada y el ofrecimiento de una información variada y sugestiva». En cuanto a lo primero, obvia es su inquietud, su afán investigador, su experimentación constante. Ortiz ensaya, busca, descubre, profundiza sin descanso, hasta lograr *el mágico temblor* que es sustancia de su obra. Por lo que se refiere a la segunda nota, la información, los temas de este pintor *con ideas que plasmar* (Gregorio Salvador), se centran fundamentalmente en el hombre, o, para utilizar las mismas palabras con que traté de definirlo a finales de los años sesenta, en su preocupación por *el acoso de la civilización*. El artista no sólo no se evade del mundo circundante sino que lo hace objeto de sus cavilaciones. Se siente hostigado por el número, por la multitud, por las limitaciones de la libertad humana que impone la vida moderna, la dominación de la masa sobre el individuo. «Me preocupa el hombre y su drama dentro de la sociedad actual», manifestaba al periodista Juan Cruz en 1969.

Estos desasosiegos se materializan en lienzos y cartones —monotipos, acuarelas, grabados— con un lenguaje simbólico muy ceñido, en el que predomina, deliberadamente, la gama fría de su paleta muy sobria. Los arañosos del pincel, las transparencias, la magia evanescente de la luz, las grandes estructuras arquitectónicas bajo las que discurren, aplastadas, hundidas, erráticas, extraviadas, las muchedumbres, intensifican la fuerza expresiva y el aura de misterio, tocado de un sutil lirismo, de su pintura. Siempre realizado todo con rigor y vigor, con mano maestra, como se revela en la sabia conducción de los chorreados, que tanto y con tanta calidad utiliza el artista en buena parte de la obra que configura la fértil etapa tinerfeña de su arte.

Un día de 1978, Jesús Ortiz dio por terminada su estancia en Canarias y se trasladó a vivir a la ciudad de Granada. En las islas dejaba huella de su magisterio en el campo de la Enseñanza Media, memoria de su bonhomía, de su calidad humana, de su espíritu independiente y de su bien ganado prestigio de trabajador infatigable de las artes. Queda asimismo, enriqueciendo colecciones públicas y privadas, numerosa obra suya del periodo más fecundo y acaso de mayor calidad de su arte. Permanecen, dentro y fuera del Archipiélago, innumerables testimonios plásticos que dicen hasta dónde penetró en su pintura lo esencial de las islas, su color, su *tempo*, su ritmo, su latido. Con Fernando G. Delgado se puede repetir que de este pintor que ha madurado en las islas no se podrá prescindir nunca a la hora de contar lo que ha pasado en el panorama pictórico de Canarias en los últimos treinta años.

No son pocas razones ni pocos los méritos para que la Real Academia Canaria de Bellas Artes de San Miguel Arcángel lo reciba como uno de sus miembros.

ELISEO IZQUIERDO